

La Ilustración Médica Mexicana, sus raíces y su relación con la Fundación de la Cátedra de Medicina en Morelia en 1830

Martínez Cortés Fernando, Martínez Barbosa Xóchitl. México, Instituto de Estudios Históricos C. Sigüenza y Góngora, Coordinación de la Investigación Científica, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007, 165p. ISBN- 968-6750-17-7

César Campos-Farfán*

* Coordinador de la Sección Académica de Historia de la Psiquiatría, de la Asociación Psiquiátrica Mexicana, A. C., Bienio 2006-2007, reelecto 2008-2009.

Resulta interesante la manera en que se estructuró el contenido del libro que nos ocupa. Quienes de una u otra manera han estado inmiscuidos en el estudio de la historia de la medicina en nuestro país, han afirmado que el movimiento intelectual y social del siglo XVIII conocido como la Ilustración, sentó sus bases en el pensamiento científico de algunos novohispanos, y antes y después de la Independencia fue el cimiento que motivó la acción creadora de múltiples instituciones como lo fue en su momento la Escuela Médica de Morelia, entre otras.

En el primero de tres capítulos, “La ilustración europea y sus aspectos médicos”, los autores llevan de la mano al lector, docto o profano, de una manera simple y eficaz para comprender lo que en realidad significó el aludido movimiento reformador. Definen: “*Con el nombre de Ilustración [a] un movimiento científico, cultural, social y político que tuvo lugar en algunos países europeos en el siglo XVIII, centuria a la que por tal razón se le denomina Siglo de las Luces*” (p. 15). Diversos pensadores se dieron a la tarea de juzgar todo lo hasta entonces establecido, analizando los hechos y las cosas, innovando métodos para así poder disipar las dudas ancestrales e intentar llegar al verdadero conocimiento. La medicina fue objeto particular de análisis, pues las concepciones de la época clásica, muchas ya deformadas, de ninguna manera satisfacían su propósito primordial. Esto significó romper con múltiples paradigmas, y se empezó a construir la medicina científica moderna.

Se hace un repaso a los conocimientos entonces existentes sobre la morfología y fisiología del ser humano, así como la enfermedad que se entendía como un conjunto de hechos que

tenían lugar en el mismo; hasta llegar a Xavier Bichat (1771-1802), considerado uno de los médicos más representativos de la ciencia de la Ilustración (p. 29).

Respecto a la Anatomía Patológica, se citan la creación de los Museos Anatomopatológicos, como los de Londres (1780), Ámsterdam (1789), Berlín (1796), entre otros, cuya finalidad era preservar las anormalidades estructurales derivadas de la enfermedad y servir así al estudio de las mismas. También hubo publicaciones sobre el tema, sobresaliendo las de Boret (1679) y Morgagni (1761). Desde diferentes ángulos se empiezan a correlacionar los síntomas con las alteraciones anatomopatológicas. Así las cosas, años después Auenbrugger (inventor de la percusión) y Laennec (del estetoscopio) dieron paso a dos técnicas aún vigentes que facilitaron el conocimiento de las enfermedades a través de la exploración física.

Martínez Cortés y Martínez Barbosa explican con las siguientes palabras el procedimiento del médico ilustrado: “*la tarea del clínico orientada al diagnóstico de la enfermedad y al conocimiento de su evolución, tenía por fundamento la reflexión anatomo-clínica, o mejor dicho clínico-anatomopatológica. Interrogando al enfermo obtenía los datos llamados síntomas que no eran, según se les definía, sino las funciones alteradas del órgano atacado por la alteración anatomopatológica. Terminado el interrogatorio, el médico procedía a la exploración física del cuerpo del enfermo, es decir, a la búsqueda de signos físicos que indicaban sitio y caracteres de la alteración anatomopatológica*” (pp. 26-27).

Tal sistematización de los conocimientos médicos hizo posible establecer la nosografía, entendida como “la distribución metódica de las enfermedades por clases, órdenes, gé-

neros y especies" (p. 52). Precursor moderno de ésta fue Sydenham en el siglo XVII, y que culminaría con la "nosografía filosófica" de Philippe Pinel (París, 1789) donde *nos ofrece un excelente cuadro de cómo un médico ilustrado veía en ese tiempo la medicina y qué era lo que se debía hacer para mejorarla* (p. 53).

A propósito hemos obviado mencionar los aspectos referentes a la fisiología, ya que hemos creído más oportuno referirnos a ella únicamente en lo concerniente a los sistemas médicos que siguió Juan Manuel González Urueña.

A finales del siglo XVIII y a principios del siguiente, no todos los médicos consideraban las alteraciones anatomopatológicas *como la sede y causa de la enfermedad, sino algo así como una consecuencia descubierta post mortem. Por supuesto a ellos no les interesaba descubrir el hecho anatomopatológico en la vida del paciente, por lo que el estudio clínico de éste hacía poco o ningún uso de los signos físicos* (p. 28).

De igual manera existieron otras clasificaciones de las enfermedades: los llamados sistemas médicos, que no eran otra cosa que "un conjunto teórico, manual e instrumental aplicable al ejercicio de la medicina" (p. 105).

El escocés John Brown desarrolló un sistema que dio a conocer en su libro *Elementos de medicina*, publicado en 1780. Su método tenía sustento en la teoría fisiológica de la irritabilidad de todas las partes del cuerpo humano. Según Brown existe una predisposición o diátesis a la enfermedad "y que por tanto ya existe cuando se presenta" (p. 107). Hay dos tipos de diátesis: la flogística y la asténica, y de aquí se derivan una serie de padecimientos característicos a cada uno, con su correspondiente indicación terapéutica, que consistían en estimulantes o atenuantes.

González Urueña fue alumno del médico poblano Luis José Montaña, quien fuera el traductor al castellano de los *Elementos de Medicina* de Brown. Consecuentemente, fue un fiel seguidor de tal doctrina, aunque se refiere que la abandonó para seguir la de Francois Joseph Víctor Broussais, conocida como la "Medicina fisiológica". La "gastroenteritis" era el punto de partida de prácticamente todas las patologías, y la sangría el recurso terapéutico por excelencia, ya por aplicación de sanguijuelas o por la sección de una vena.

Todo esto ya adentrándonos en el capítulo II "La ilustración médica mexicana", donde, según palabras expresadas por Eli de Gortari en el *Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia*, celebrado en 1963, *En el siglo XVIII se introdujo en nuestro país la ciencia moderna* (p. 63). *Esta introducción se hace de cuatro maneras: 1° Enseñando la ciencia moderna en el aula a través de libros de texto, 2°*



Divulgándola por medio de periódicos, folletos, libros, etcétera, 3° aplicándola en el ejercicio de una profesión, como en nuestro caso es la medicina, [y] 4° realizando investigaciones siguiendo el método ilustrado (p. 64).

De acuerdo a los autores del texto que estamos comentando, unos cuantos novohispanos brillaron de manera particular, tales como el zamorano Benito Díaz de Gamarra y Dávalos (filosofía), José Antonio Alzate, Vicente Cervantes (botánica), José Mariano Mociño (botánica), los cirujanos Antonio Serrano y Andrés Montaner y los médicos José Ignacio Bartolache y el ya aludido José Luis Montaña.

Entre las instituciones ilustradas se señala a la Real Escuela de Cirugía, fundada en 1770, El Jardín Botánico inaugurado en 1778, con su correspondiente cátedra, El Real Seminario de Minería, que data de 1792. Las enseñanzas de la filosofía moderna tuvieron lugar en San Miguel el Grande, hoy de Allende.

La importancia particular de estos hombres e instituciones radica en que propician las condiciones necesarias para dar paso a una concepción moderna, ilustrada o científica de la medicina mexicana.

En el último capítulo del libro "La creación de la cátedra de medicina en Morelia", se analiza, entre otras cosas, el pensamiento médico de su fundador, donde la influencia de Montaña es palpable, sobre todo en el discurso inaugural pronunciado el 1° de mayo de 1830 donde define a la medicina como: *la ciencia de la naturaleza y del hombre en cuanto sanable* (p. 137), expresión depurada a la similar que su maestro dio a conocer años atrás, diciendo que la medicina era *la ciencia de la naturaleza y del hombre que posee capacidad para sanar* (p. 126).

El escrutinio del trabajo científico de González Urueña, de igual manera, muestra un sólido conocimiento de los autores europeos del siglo de las luces, lo que finalmente justifica tanto el título como el contenido de este sencillo pero extraordinario libro.

De manera personal, comentaremos que el mérito de González Urueña fundador de la Escuela Médica de Morelia está fuera de toda discusión y duda; pero creemos, con base a trabajos propios y ajenos, que no fue una "aislada lucecita en el ambiente de oscuridad científica que privaba en el país" (p. 158), en este caso Michoacán, y sí existieron otros médicos que acompañaron a González Urueña "en la empresa fundadora", y aun algunos otros con características de ilustrados, sobresaliendo la familia Córdova: Ignacio Fernández de Córdova, Francisco y Agustín Córdova (éste, hijo del primero), además de Francisco Sandoval, Mariano Ramírez y el controvertido médico francés Juan Francisco Macouzet.

Para finalizar, es preciso mencionar que, con la precisión que caracterizan los dichos y hechos del Dr. Pérez Tamayo, prologuista de *La Ilustración Médica Mexicana...* nos advierte que es un texto breve, de elegante prosa, pero suficiente en cuanto al propósito que se persigue. Dice: *Es original, porque las relaciones entre la ilustración europea y sus repercusiones en México*

y en Morelia están vistas a través del filtro de la medicina, lo que no se había intentado antes (p. 12).

Dirección para correspondencia:

Dr. César Campos-Farfán

nocup@hotmail.com

www.medigraphic.com